



# SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

## COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Mejías y Escassy don Luis.—Navarrete don José de.—Pongilioni don Aristides.—Pereira don José.—Randoy Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Ramirez don Javier.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

## ¿QUÉ ES LA POESÍA?

Horas hay de melancolía, de suave encanto y divino éxtasis, en que no alcanzamos del lodo de la tierra á tan grande distancia como existe entre lo limitado y lo infinito; entre lo perecedero y lo inmortal. Entonces pása la naturaleza ante nuestros ojos como un rápido meteoro: halaga nuestro corazon una desconocida armonía, un espíritu vividor parece que llena el vacío inmenso que sentimos: el alma se eleva á regiones llenas de luz, donde todo resplandece y nada es mezquino, donde la duda jamás infestó el aire con ponzoñoso aliento: se eleva, y suspira de júbilo viéndose inmediata á su Creador. Deja el hombre de ser hombre para convertirse en ángel; porque estas emociones generosas son las aguas del Jordán que le purifican y limpian del fango de la tierra, el bálsamo saludable que cicatriza sus llagas. Para pintar estas horas sublimes, quisiera ser uno de aquellos géneos

divinos que poseen el sello de la inmortalidad y lo graban en sus escritos. En estas horas, el poeta conoce que lo es, siente la fecunda llama de la inspiracion, vé mil héroes levantarse del polvo de las tumbas, mira cuál cruzan magestuosamente ante su vista las generaciones que fueron y las que serán, contempla el sueño de lo pasado, y viendo sin tinieblas lo futuro y vestido con las galas y colores de su númen cuanto encierra la creacion, oye entusiasmado el himno que se levanta en lo mas profundo de su pecho y le aclama por poeta.

¡Poeta! Esta palabra, vacía de sentido para unos, mal comprendida por otros, que suena indiferente como las gotas de lluvia para la multitud, pero que algunas almas sensibles saben elevar á su verdadera altura, es la que encierra mas ideas despues de la que sirve para nombrar á la Divinidad; porque el vate es su vivísimo reflejo y el ser predestinado á celebrar sus maravillas y grandeza. Su arpa sonora trina como las aves, murmura como el arroyo, hierve como el piélago, retumba como

el rayo y los torrentes, silva como los vientos, exhala el suspiro de la virgen, los ayes del moribundo: imita la gritería de los vencedores, el fúnebre clamor de los vencidos, el estruendo de la vida y el silencio de las tumbas: es melancólica como la noche, alegre como las alboradas de primavera: ríe y llora, se lamenta y canta; contempla lo presente, recoge cual tributos los recuerdos de lo pasado, y trata de lo porvenir como si fuera pasado también: nada le acobarda ni detiene; porque está henchida de fuego, y este fuego es el tesoro de su existencia.

Estudia el vate, y su libro es la creación; su consejero, su alma: modula sus tonos por los tonos sublimes de la naturaleza, y canta porque ha nacido para cantar, como los ríos para fecundar los campos; y las horas para recordarnos nuestra muerte.

En la lucha encarnizada y perenne de la materia con el espíritu, ¿será que pueda este quedar vencido, y extinguirse lentamente sin encontrar ecos amigos los himnos y las armonías del arpa de los vates? ¿Pudiera la poesía dar el último suspiro? No: la poesía lo abraza todo, no tiene límites, y lo que es ilimitado, es inmortal. ¿Qué es la poesía?... No la profanaré con frases inútiles por el vano empeño de explicar su esencia; hay sentimientos que experimenta el corazón y no dicen ni el lábio ni la pluma, porque en él se guardan como en un santuario, y fuera de él los miramos mezquinas imágenes de un original perfecto, y oscuras sombras de sol claro y brillante. Por sus efectos podreis conocerla, como se conoce al ruiseñor por su acento y á la rosa de Iren por sus perfumes.

Viéronla resplandecer los profetas del antiguo pueblo hebreo en los asombrosos milagros de Jehová, en la caída del primer hombre, en el diluvio, en los mares abiertos y tranquilos, en los profundos murmurios del Líbano, en la inmensidad de los desiertos y en los errantes aduares bajo las sombras de las palmeras. Viéronla y la trasladaron á sus cantos: con estro varonil ensalzaron tantas maravillas ante las tribus de Israel: cada portento es un poema: cada poema una gigantesca columna levantada para admiración de las generaciones. Los profetas son los líricos primitivos del mundo: sus himnos los más inspirados.

Viéronla también los griegos: no vestida de esa pompa colosal, ni ornada con el ostentoso manto de los reyes orientales; sino desnuda y mostrando su belleza, émula de la aurora: pintáronla descuidando la parte espiritual y elevando las formas á una perfección desconocida: describen las cosas mil veces mejor que las pasiones de los hombres: véanse volar los carros, oyense los ejes cual rechinan, silvan las saetas, los ayes de los moribundos hieren los oídos y aterran los ánimos: todo, todo se ve como de presente: derrúmbanse los muros y los templos de Troya, y la vista se ciega con el polvo y los fulgores de las armas; pero en cambio de tanta maestría y tan prodigiosa representación de los objetos materiales, vemos á los dioses lidiando con los hombres y á veces abatidos por estos, y ya no son dioses: vemos cual se lamenta y grita el guerrero Marte, herido por la lanza de Diomedes, y ya no es la divinidad de las batallas, sino un cobarde soldado, más débil que su dolor, exhalando inútiles ayes. El cielo puro de Grecia, los jardines que como un manto de verdura cubrían aquel dichoso suelo, las costumbres y la religión, más inclinada á las prácticas que al dogma, produjeron los poemas de Homero, Píndaro, Safo, Anacreonte, Sófocles y Eurípides. Y no hablo de los romanos, porque siguieron servilmente el mismo rumbo, aunque modificado algún tanto por el carácter más severo que distingue á este pueblo.

¿En qué fuentes bebieron la inspiración los bardos y trovadores de la edad media?...

El gigante del politeísmo había espirado trastornan-

do el orbe con las últimas convulsiones de su agonía; la berra, degradada con los vicios de una civilización bárbara, se encontraba sin vigor para que en ella se alzara el árbol de la fé, único manantial de la poesía y la inspiración; disolutas las costumbres, enervados los ánimos como los cuerpos; hechas un caos impenetrable y oscuro las ideas, devorándose mutuamente los hombres: con sangre, miseria y esclavitud cual recuerdos de lo pasado sin dicha en lo presente ni esperanza para lo venidero, ya podía divisarse, y no muy lejos, la mano de la muerte que señalaba la humanidad para su víctima y el mundo como asiento de su trono. ¿Qué aurora bastante clara podría disipar tantas tinieblas? ¿Qué venero de aguas cristalinas purificar las sociedades? ¿Y qué brazo detenerlas en los bordes temibles de un precipicio, cuyo fondo es el polvo de la nada? Solo el cristianismo. El produce una poesía virgen y llena de vida, inspirada, original, retrato de una época de creencias y entusiasmo: esta época es la edad media, caracterizada por el valor y las gigantescas empresas, por la fé religiosa y por todas las pasiones llevadas al extremo. En ella, al lado de virtudes singulares, vemos con dolor grandes crímenes: el fanatismo y el ateísmo juntos, la cruz en lid abierta con la media-luna la ciencia con la ignorancia, y el mundo antiguo con el mundo que nacia. Esta edad brota de su seno trovadores y bardos, porque necesariamente las magnánimas empresas han de hallar quien las trasmita á los venideros siglos para ejemplos de las generaciones; pero estos trovadores y bardos, representación de la poesía popular, única poesía, pues la erudita era solo un pálido reflejo de la griega y la romana, luchaban por sacar tonos vibrantes de una lira de hierro, y sus cantos rudos y toscos, no sujetos á meditación ni reglas, bastaban para escitar el entusiasmo y recordar acciones heroicas, que era su fin. En ellos se nos presenta la poesía vaga y fantástica, ya guerrera, ya melancólica y agreste: lanza los sonos de la trompa de batalla, los de la campana de la ermita y las misteriosas brisas de la tarde. Pinta el templo gótico, el rastrillo del torreón, las elevadas almenas, la naturaleza severa y fuerte; todo es varonil y conduce el espíritu á profundas meditaciones y aparta de él todo cuanto es mezquino y no tiene alas de fuego para llevarle á las regiones de lo sublime. Creo muy bien que los trovadores de esta edad no fatigarían su imaginación buscando adornos y colores con que engalanar y revestir los hechos que ensalzaban; ¿qué más adornos, que más colores, galas ni riqueza, que los que estos mismos hechos arrojan de sí, cuando se juntan para realzarlos y darles más valor la religión y las costumbres?

En nuestro siglo, extraño á todo entusiasmo generoso, los corazones, que huyendo del materialismo, cuya creciente marea todo lo invade, buscan el bálsamo de sus heridas, y sus sueños de virtud y grandeza en la poesía, álzanse á encontrarla en la religión ó en las tradiciones, que son su refugio. Ignoro qué sociedades necesitan más á esta hija del cielo; si las primitivas é incultas, ó las muy civilizadas y corrompidas. Parece que ambas igualmente. Las unas porque en ella está toda su ciencia; las otras porque recuerdan lo que fueron y encuentran un lenitivo para sus males.

Me preguntareis ahora; ¿qué es la poesía? Interrogad á la historia, esa antorcha de los tiempos, y os mostrará claramente que la poesía es todo lo sublime, virtuoso y bello, que se eleva del polvo y vuela al seno de su Creador.

Narciso Campillo.

Sevilla.

Insertamos el siguiente apólogo, que hemos escogido de la célebre coleccion de fábulas ascéticas que el señor don Cayetano Fernandez acaba de publicar, no solo para que nuestros lectores formen una ligera idea del mérito de esta nueva publicacion, sino tambien por creer su argumento oportuno al título de nuestra revista.

## FÁBULA.

### DON QUIJOTE Y SANCHE PANZA.

OPERA ERUM ILLORUM SEGUNTUR ILLOS.

(Apoc. XIV, 13.)

*Perdon! Cervantes, si mi musa indiestra  
Tiene en boca á tu Andante Caballero,  
Y en union del buen Sancho, su escudero,  
Lo saca á relucir á la palestra.*

*No te cause penar, ni te dé grima;  
Si, á tu sombra, mi ingenio se guarece.  
¿Por ventura el coloso no parece  
Mas grande si el enano se le arrima?*

*Perdona, pues, mi antojadizo empeño  
De segñirte, un instante, aquí, á mi modo,  
Que así verá mejor el mundo todo  
Cuán grande fuiste tú, yo cuán pequeño!*

*Despues de una aventura horripilante,  
En que el inclito Andante  
Por los suelos rodó segun costumbre,  
Sancho Panza con honda pesadumbre  
Increpa á su señor que en trance fuerte,  
A dos dedos se puso de la muerte.*

*—«¿Es posible, señor, (así clamaba  
Al par que de las greñas se tiraba.)  
Que la vida espongaís de estas maneras  
Inauditas y estrañas*

*Y, por vanas quimeras,  
Un porrazo lleveis y otro porrazo,  
Que este es siempre el laurel de las fazañas  
Del valor invencible de ese brazo?»—*

*—«¿Y qué importa morir, oh! Sancho amigo,  
Si una tumba inmortal despues consigo?  
Es muy poco una vida, tres y ciento*

*Daré yo muy contento  
Por reposar entonces  
En sepulcros de mármoles y bronce:  
Porque, entiendo, sera gran mausoleo  
El que mi tronco guarde...—*

*—Enjuto y feo!*

*—Y donde el mundo con asombro lea  
Mi epitáfio con lágrimas...—*

*—De risa!—*

*—Que si tuvo Mausolo una Artemisa,  
Connigo hará otro tanto Dulcinea.»—*

*—Mi señor está loco  
O le falta muy poco.—*

*—«¿Qué murmuras, buen Sancho?»—*

*—«Considero*

*Lo que va de un Andante á su escudero;*

*Pues me importa una higa*

*Lo que á vuestra merced tanto le obliga.*

Que, á decir lo que siento,

Si mi antojo consulto;

Pondré en mi testamento

Que dejen mi cadáver insepulto.»

—«Eso nó, voto al Cid! como yo entienda...

¿No ves, harto de ajos,

Que tu cuerpo infeliz será merienda

De las fieras, los buitres y los grajos?»—

—«No osaran, pues mi dueño D. Quijote

Me pondrá entre las manos un garrote

Conque pueda ahuyentarlos...»—

*—«Gran camueso!*

*Te quedastes sin seso?*

*¿Cuándo muerto ya estés, cómo los sientes*

*Si te clavan los picos ó los dientes?»—*

*—«Pues, sinó he de sentir esos trabajos,*

*Como todo pelgar que el ojo cierra,*

*Lo mismo se me dá me coman grajos*

*Que me coman gusanos bajo tierra.»—*

*—«Ya te entiendo, follon; con qué rodeo*

*Te vienes á burlar del mausoleo!»—*

*—«Lo que digo, señor, es que la muerte*

*Debe hacernos pensar muy de otra suerte.»--*

*--«Oh! qué estrecho que vas, amigo Sancho!»--*

*--«Estrecho nó, que hasta mi nombre es ancho;*

*Mas oí esta verdad al señor cura,*

*Y aquí la encajo aunque parezca dura:*

*--Cuál?*

*--Despues de la humana batahola*

*El cuerpo quedará en la podredumbre:*

*Las obras seguirán al alma sola,*

*Hasta que el Sol de eternidad alumbré.*

**Cayetano Fernandez.**

## EL ESTUDIANTE DE HEIDELBERG.

### LEYENDA FANTÁSTICA.

#### III.

Desde que Wilfrido se halló solo en este incomparable Eden, contempló todos los detalles y recorrió todas sus habitaciones. A medida que andaba las ondas se retiraban con respeto, formando de ambos lados muros brillantes y opacos. De tiempo en tiempo encontraba arroyos límpidos que se lanzaban en hermosos surtidores como penachos de blanca plata! Tan pronto encontraba piedrecillas del Rhin de que los lapidarios de Francfort hacian diamantes. Tan pronto eran pepitas de oro que rodaban por el rio. Allí, montones de monedas amarillas de aquel metal: aquí, grandes trozos de turquesas y esmeraldas. Los buques que se habian sumergido, y las olas llevando á lo léjos las ligeras maderas, habian dejado á descubierto los metales y preciosas piedras de sus cargamentos. A veces veia pasar sobre su cabeza, como una nube rápida la sombra de una barca en la superficie de las aguas. Las yerbas verdes y finas, las blancas piedrecillas, la argentada arena, formaban un tapiz de un mosaico caprichoso. Pero lo que mas admiraba eran las ninfas de quienes veian sus encantadores ojos.

Corrian ligeras bajo largos velos transparentes, y con un golpe de caña hacian salir ó desaparecer manantiales frios ó abrasadores.

Sus pequeños piés rosados se imprimían apenas en la arena humedecida de donde nacían al momento genios a lados.

Se ornaban con campanillas de los campos, con brazaletes de ninféas ó con coronas de perlas!

Otras, mas ligeras todavía, volteaban sobre las flores que crecían en el fondo de las aguas agitando sus alas de sílfides.

Wilfrido admiraba sus ojos dulces y brillantes como los záfiro y las esmeraldas; sus lindos y redondos brazos se enlazaban graciosamente para danzar en circo infantiles al son de arpas invisibles, y esas ruedas, al principio lentas y mesuradas, tomaban poco á poco un movimiento mas vivo concluyendo por un rápido torbellino como una corona ancha de blancos vapores, no dejando despues mas que la calma y el silencio!

Wilfrido, absorto en esta contemplacion no pensaba en su májico espejo; sin embargo, quería probar su poder y se puso á mirarlo con atencion.

El indiscreto espejo le mostró desde luego los alrededores de la universidad de Heidelberg; sus camaradas estaban de codos sobre largas mesas de fresno de Pedro el cerbecero.

«A la salud de Wilfrido! gritaba su mejor amigo. El ha hecho bien en dejar esta vida! nos entristecía con su cara seria y pensativa.

«El era el preferido, el Benjamin de los profesores, que nunca tenían para nosotros la mas débil inclinacion! —Ademas; añadia otro vaciando su vaso, todas las miradas de las lindas hijas de Heidelberg eran para él,—Nunca correspondia, observó su tercero, y por eso le llamaban el bello oso de la Floresta Negra!

«Nosotros somos mas afortunados desde que no existe!... Por vida mia, que el cielo conserve su alma y viva la alegría!...»

Y todos los vasos se chocaban, y la cerveza espumaba en sus prisiones de cristal, y Pedro el cerbecero se frotaba las manos con placer.

«Parece, pensaba Wilfrido, que no me sienten mucho en las orillas del Neckar....

Mirémos hácia Mayenza, añadió dirigiendo su espejo en la direccion de su pueblo natal.

Entonces vió en el vasto salon de su notario una reunion de gentes afanadas en las que la alegría iluminaba sus semblantes.

Uno de ellos decia á su vecino. «Yo soy un primo por parte de su madre, y creo que me corresponderán diez mil thallers.—Yo espero, respondia otro, que me tocará el doble; tenia necesidad de esto para restablecer mi comercio de paños!—Mas léjos, un pariente cercano del difunto sonreia con un aire beato y recibiendo de manos del notario mil doscientos fedricos de oro por su parte de herencia.

—Qué fortuna! murmuraba encerrando el dinero en su bolsa de cuero,—no lo esperaba! Qué diablos de idea le habrá dado de suicidarse tan jóven!—Qué quereis; decia un alto personage delgado y seco; él era solo, libre, huérfano poseedor de una gran fortuna de la que no sabia que hacer; su muerte á nadie perjudica; además, yo heredo sus tierras de Berron con la hacienda que la es dependiente.—Yo, agregaba una gruesa señora de nariz arremangada, con miradas de ave de rapiña, yo seré

castellana de su féudo de Bingen, ó bien cambiaré el año próximo las tierras por hermosos y buenos florines.»

En fin, las conversaciones eran todas bajo este tono tan de poca caridad.

Las lindas hijas de Heidelberg olvidando ya al bello oso de la Floresta Negra habian prometido sus corazones y sus manos á otros pretendientes, ó encontraban bajo los olmos del Neckar algunas distracciones á sus dolores pasajeros!

Wilfrido, desilusionado buscaba entonces saber lo que pasaba en la morada del rival, que mas dichoso que él, se habia desposado con la bella hija del Margrave.

Pero cuál fué su desesperacion cuando apercibió al cruel baron de Reimberg arrastrando á pesar de sus gritos, á su jóven esposa hácia la torre fortificada de su horrible castillo!

Los celos del viejo baron tomaban motivos hasta de los pensamientos inocentes de su pobre victima! Ella pensaba siempre en Wilfrido y conservaba en los ocultos pliegues de su corazon su imágen y su nombre.

El baron veia bien que no era amado y su rabia llegaba hasta el delirio.

«En qué pensais, señora? le decia cuando la sorprendia sola de codos tristemente sobre las almenas de su elevada azotea. Sin duda en ese jóven á quien fuisteis prometida en vuestra infancia! No lo vereis mas, señora pues no saldreis jamás de mi castillo y hago guardar las avenidas por mis hombres de armas. Llorais, ocultad esas lágrimas, no me agradan los ojos encendidos, y no quiero que os supongan desgraciada conmigo. Si mañana veo aquí vuestra frente pensativa y las marcas de vuestros lloros, os castigare siempre! Soy vuestro esposo, señora, y tengo derecho y el poder de hacerme obedecer!»

El pobre Wilfrido, al escuchar estas duras palabras y viendo esta horrible escena que le mostraba á la sola mujer que habia amado tan desgraciada y tan inocente, sentia despedazar su corazon! Quiso romper su espejo que le hacia ver tan desoladora realidad, y lo arrojó con violencia con toda la fuerza de su brazo; pero al tocar el suelo, el espejo volvió por sí mismo á sus manos y observó, con caracteres de fuego estas palabras que una mano invisible trazó. «Wilfrido, mas vale paciencia que cólera.» Avergonzado de su accion cesó de sentir por un mundo en que todo es dicha y desdicha, entregándose enteramente á su presente sin pensar mas que en lo pasado. Ya la oscuridad invadia su vasto dominio; sentia las sombras de la noche en ese extraño pais; pero bien pronto las llamas de brillantes antorchas salian espontáneamente al través de sus transparentes murallas; cada ola traia fosforescentes espumas, fuegos fatuos, animados, volteaban semejantes á estrellas; las conchas, los crustáceos, los mil peces jugaban en las aguas trazando en pos de ellos líneas luminosas, que, por su infinito número eclipsaba las profundidades del reino de las ondinas. Wilfrido se aseguró del camino que tenia que recorrer para llegar al palacio de la soberana de las ondas; pronto oyó una música dulce y lejana hácia la cual se dirigió. De repente al doblar una senda de nieve cristalizada, tapizada con mosaicos de coral, de ámbar gris y de nácar de perlas con colores vivos, apercibió á la reina que le esperaba en el umbral de su palacio rodeada de su corte.

Estaba vestida como reina que desea agradar. Sobre

su larga y blanca túnica, de tela imposible de describir, brillaba en su talle un ramillete de diamantes cuyos rayos deslumbraban; sus pies estaban aprisionados en coturnos de flexible coral.

En su blonda cabellera, peinada con gracia arrojaba mil luces una pequeña diadema de llamas azules que revoleaban sin cesar; en fin, su velo nupcial estaba tejido con hilos de las vírgenes.

Las encantadoras sacerdotisas que debia prescindir su himenéo estaban ya cerca del altar donde quemaban perfumes en copas de oro.

Ella esperaba á su prometido! con la alegría en su pecho y la sonrisa en los lábios.

Un emjambre de náyades con alas matizadas de colores infinitos se balanceaban sobre guirnaldas de desconocidas flores, mientras que otras, mas bellas todavía, cantaban himnos celestiales acompañándose con arpas cólicas de incomparable armonía.

Todo respiraba embriaguez y encanto, Wilfrido mismo participaba de aquellas sensaciones.

Era que la ondina, por agradarle, tomó las facciones de su primera prometida Janie, la hija del margrave. Se avanzó hácia ella con los brazos tendidos: «Janie, Janie, eres tú, si, no sueño, estoy cierto que eres tú. Oh! por piedad, repíteme estas palabras que otras veces he oido de tu boca soberana para que pueda sonreír con placer. «¡No tengo mas que sonreír para que me sonrían!» Y la ondina, radiante respondiendo, á sus deseos se sonreía con una dulzura inefable.

«Dime otra vez que no hay mas que desear la dicha para ser dichoso.» Y la sirena emperatriz, con todo el brillo de su encantadora hermosura, inclinándose hácia él imprimió su frente con un beso tan penetrante y dulce que en el mismo instante, Wilfrido abrió los ojos y despertó... Dónde estoy? murmuró al reparar en rededor de sí.

Pero una voz que él amaba le respondió: Qué te pasa Wilfrido, no me conoces ya? Yo soy Janie que vela por tí!.... Te dormistes sobre estas rocas peligrosas, y temiendo que no te resultara algun mal he velado esperando que despertaras. La agitacion de tu sueño me hizo cumplir este deber así como tu presencia me hace dichosa.

—Así es, Janie, que todo esto ha sido un sueño?.... Mi caída en las aguas, la ondina de azuladas alas, aquel palacio encantado, tu matrimonio con el odioso baron de Bemberg?

—Despierta, Wilfrido mio, mi querido, interrumpió Janie sonriendo, ven conmigo, mi padre nos espera. Puede ser que se inquiete prolongando nuestra ausencia, y mañana es para nosotros un dia tan delicioso que no debemos dar lugar á que se levante en su corazon la menor nube.»

Wilfrido, pasando la mano por su frente y alejando las últimas ilusiones de sus fantásticos ensueños tomó el brazo de su linda prometida, y caminando bajo sombras de filas florecidas contemplaba á su Janie que en su semblante parecia decirle como en sus sueños.

«Oh! mi ondina adorada, mi ilusion continúa!... No tengo mas que sonreír para que tu sonrias, y que desear la dicha para ser dichoso.»

(E I S. I.)

## FÁBULAS ASCÉTICAS,

en verso castellano y en variedad de metros,  
por don Cayetano Fernandez, de la Congrega-  
cion del Oratorio, y de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla.

### I.

Con este título acaba de ver la luz pública en esta capital un precioso libro, en que llevado el autor de un laudable propósito religioso, encierra preceptos de altísima importancia á la fé y la moral cristiana.

Maravilla el ver como nuestra poesia, desafecta, de ordinario, á la expresion filosófica y dirigida en otras épocas solo á pintar las nobles y ardientes efusiones del entusiasmo ó los sentimientos apacibles del espíritu y sus misteriosas aspiraciones, se complazca hoy, mas que en aquel ejercicio, en esclarecer la inteligencia por el brillo de profundas verdades.

Ni en el teatro, ni en la epopeya, géneros dados por su natural giro á la enseñanza atendió mucho nuestra poesia á este interesante objeto en los tiempos antiguos: y desde el siglo XV en que vemos tratado el verdadero apólogo por el arcipreste de Hita pásanse en claro hasta encontrarnos, casi en nuestros dias, con los fabulistas Iriarte y Samaniego.

Mas todavía: en la época de los Felipes, harto afortunada para las letras y la poesia españolas, en que la religion y la moral hallaron espositores profundísimos; en que á orillas del Tórmes, del Guadalquivir y del Manzanares escucháronse sucesivamente los sagrados y sublimes acentos de Leon y Herrera en sus arrebatos líricos, y de Lope y Calderon en sus autos sacramentales, las musas olvidaron dirigir sus acordes, quizás por innecesarios, á la enseñanza de la moral, y mucho mas aun en la forma sencilla y breve de la fábula.

Pero vino la edad contemporánea en que habia ido desapareciendo el espectáculo variado é imponente de nuestra antigua grandeza, y con la discusion la fé viva, y aparecieron Séides del escepticismo, que, con sus doctrinas, dieron en todos los estadios de la inteligencia entrada al error, y con este al descreimiento y á la corrupcion del espíritu.

La lucha en este caso era inevitable: y en los libros, y en los periódicos, y en la tribuna la verdad religiosa y la verdad moral hallaron firmes sostenedores. La controversia, pues, dirigidas las inteligencias por ese camino, habia de ser el caracter principal de la edad presente: ¿Pudiera la poesia, que siempre fué exacto reflejo de la sociedad en que vive, seguir diverso rumbo? ¿Pudiera, separándose de la agitacion que domina las almas, entretenerse en cantos frívolos ó facticios, sin verdad, sin sentimiento, sin ninguno de los atractivos que constituyen su encanto y su verdadera ciencia? No habria en ella verdad: qué decimos; no seria poesia.

Para ser, pues, pintura y trasunto de esta sociedad, necesitaba tomar parte en sus luchas y combatir con denuedo, lo mismo en el teatro donde jamás tuvo entre nosotros carácter tan profundamente moral, como en la oda, en la leyenda y, sobre todo, en la fábula, en que mas fácilmente que en el teatro y en la opopeya pueden tener todas las verdades plaza y saludable recomendacion.

Solo cuando algun acontecimiento grande y extraordinario suspende el impetu de la lucha, y todos los corazones á su aspecto se agitan con el mismo entusiasmo, y las inteligencias se funden en el mismo pensamiento, detiéndose la poesia tambien en su camino, y lanza, estasiada, unánimes acentos de admiracion y de alegría. Allí

está el Romancero de la guerra de Africa; ahí también la corona poética dedicada á Murillo. En el primer caso la poesía canta la gloria inmarcesible de España en la noble lid que sostuvo contra el africano, por el ultraje que de él había recibido: en el segundo los lauros de Sevilla, por la honra que había tributado al peregrino génio de uno de sus mas ilustres hijos.

Fuera de estos acontecimientos, la sociedad sigue en sus pacíficas disputas, y la poesía la acompaña en sus intintos y en sus sentimientos, trasformándose en ella, pero siempre en la parte mas noble y generosa y siendo representante de la verdad y de la eterna justicia. Elevada fué por los trágicos griegos; procaz en Aristófanes, por la violencia con que necesitaba acometer á los malos ciudadanos; punzante, pero culta y no enconada en la sátira de Horacio, porque las costumbres, si licenciosas, no eran aun repugnantes; y llena de hiel, y ardiendo en indignación en la de Juvenal, cuya época se distingue por las mas escandalosas abominaciones. Siempre fué la poesía la mas genuina espresion del sentimiento moral de los pueblos.

Por eso hoy que la fé religiosa vése quebrantada en algunos espíritus; que la fé política ha perdido con el exámen la unidad antigua, y que los sentimientos humanos, en parte desnaturalizados y adormecidos en parte, dan mas fácil entrada á la inmoralidad, si la prosa se afana en sus manifestaciones por rendir á la verdad y al bien legítimo culto, la poesía, no menos solícita, la acompaña en su nobilísima empresa.

Véase con qué generoso afán ponen de relieve nuestros poetas dramáticos en sus bellas producciones los vicios dominantes de esta sociedad para escarnio público, y cómo se complacen en presentar con su colorido dulce y atractivo las principales virtudes que constituyen la felicidad en la familia. Véase cómo el romance, la oda, y sobre todo la Fábula apura los recursos de su ingenio y de su gracioso y ligero pincel para recordar al hombre sus deberes y apartarle del camino de la perdición. En el interesante cuadro que presenta hoy la poesía hallamos, entre otros, á Hartzembusch, que en fáciles y bellísimos versos, y con una naturalidad admirable en la espresion, formula máximas preciosas, encanto y al par enseñanza purísima del espíritu: á Selgas, animando las flores, y dándoles vida y sentimientos, y haciéndolas aun mas interesantes por la magia de sus cualidades morales, que por las galas seductoras de sus perfumes y brillantes colores: al malogrado don Agustin Príncipe, que atesora un curso completo de moral en sus fábulas; y á Guerrero, que resume todo el sentido de las suyas en esta felicísima y sencilla espresion dirigiéndose á un niño:

Ayl haz de modo  
que al morir tú sonrias  
y lloren todos.

Máxima que no ya los niños, sino los hombres, debieran llevar indeleble en su corazon.

Con todo; en esta brillante pléyada parecia como que faltaba el astro cuyos resplandores se dirigiesen con especialidad á iluminar el entendimiento y la conciencia para la salvacion del alma, y apareció como venido providencialmente para llenar este vacío, el libro de las FÁBULAS ASCÉTICAS. No hay para qué hablar del autor, porque se manifiesta lo que es en la portada. Pero no ha dejado de llamar nuestra atencion que el sacerdote consagrado con apostólico celo al confesonario, á la predicacion y á los graves estudios de su ministerio, sin que ninguna composicion poética ni antecedente alguno revelasen en él al favorito de las musas, se presente por vez primera antes el público con una obra en que no solo se vé al ingenio profundo y al inteligente hablista, cuanto al versificador,

fácil, numeroso y galano, que se complace en vencer la mayores dificultades de la rima, ensayándose en todos los metros, é inventando otro aun mas difíciles que los conocidos.

Fué inspiracion el noble propósito de escribir sus Fábulas religiosas, para ser tan útil al hombre en la poesía como en la Cátedra evangelica? Sabemos solamente lo que él manifiesta en el prólogo relativo á este asunto. «Es una dificultad, dice, ante la que me hubiera rendido por completo, si lo mucho que falta á mi pobre ingenio no hubiera venido á suplirlo la voluntad enérgica que me suministra un poco de celo sacerdotal del bien de las almas.» Sabemos ademas que las primeras fábulas, mostrólas, por dicha, aunque lleno de temor y desconfianza, á algunos amigos inteligentes, que, maravillados de su mérito, le aconsejaron y aun rogaron que las continuara y diese á la estampa, empresa en que á los láuros del vate uniría plácemes numerosos y entusiastas de los amantes de la fé.

Nacida, pues, la obra entre ocupaciones graves y austeras, y sin espacio el autor para meditar detenidamente los asuntos, admira que pudiese desenvolverlos con formas tan variadas y pintorescas y dar esa alegre naturalidad á la espresion, y esa ingenuidad candorosa á los tonos y ese apacible gracejo á las ideas con que hace dulces y familiares las mas severas máximas del cristianismo. Esta última cualidad, aun mas necesaria en la Fábula religiosa por el saludable rigor de algunas doctrinas, que en las morales y literarias, reconócela el autor en el prólogo en la forma que se dirá en el siguiente artículo.

José Fernandez Espino.

## TEATRO PRINCIPAL.

No hace muchos años toda la prensa ilustrada de Madrid se ocupaba de la aparicion de una artista en el régio coliseo, y hablaba de ella como de un acontecimiento extraordinario y que hacia época en los anales de aquel teatro. Todos estaban conformes al tratar de sus excelentes dotes artísticas, de su simpática figura, de su escogida escuela de canto, y se admiraban de encontrar reunidas en una sola persona todas las cualidades que constituyen la perfeccion en el divino arte.

El órgano mas autorizado y competente en la materia era sin duda la *Gaceta Musical*, dirigida por el reputado maestro español don Hilarion Eslaba, y por lo tanto creemos que nos perdonarán nuestros lectores el que copiemos á continuacion un párrafo, sacado de un artículo de aquella publicacion, en que uno de sus ilustrados redactores emitia su juicio acerca de la referida cantante:

«Esta *prima donna*, es una artista de gran reputacion, adquirida en los principales teatros de Europa, especialmente en los de Italia; su voz de *mezzo soprano* es de un sonoro agradable timbre, con mas fuerza en los medios que en los agudos, pero siempre flexible y espontánea; modula y frasea bien, su pronunciacion es clara, cosa muy rara en las tiples, y su método reúne todos los preceptos del arte y del buen gusto. Dotada de una exquisita sensibilidad y grande inteligencia, comprende y espresa fácilmente: artista de larga carrera conoce á fondo los secretos del canto, y sabe encontrar los grandes efectos con esa sencillez y oportunidad, tan propias del verdadero talento: si á todo esto se agrega una interesante figura, se comprenderá con facilidad el entusiasmo

que ha suscitado en toda la obra, que desempeña con la maestría de una artista consumada, elevándose á un punto á que no han llegado ni con mucho, cuantas en este papel la han precedido.»

Ahora solo nos resta que hacer una aclaración importantísima; la *prima donna* en cuestión era ROSSINA PENCO; la ópera en que debutó la TRAVIATA.

Y hemos traído á cuento este episodio de su carrera artística, porque siendo la *Traviata* la última producción que acaba de ejecutar, y habiéndonos propuesto hacer un análisis concienzudo de su ejecución, no se nos tachara por algunos de demasiado apasionados: todo cuanto pudiéramos decir en su elogio lo ha dicho una y mil veces la prensa toda; pero sin embargo vamos á emitir nuestra humilde opinión.

No es nuestro ánimo discutir acerca del mérito de esta partitura, juzgada ya sobradamente; es uno de los muchos extravíos musicales en que ha incurrido Verdi, que por lo demás posee un talento envidiable y una reputación mas envidiable todavía: nuestro objeto única y exclusivamente es el hablar de la señora Penco en la parte de Violeta, de la cual ha sacado tanto partido con esa sencillez y oportunidad de que nos habla el articulista madrileño.

Uno de los secretos de los grandes artistas, vanamente imitado por las medianías, es el de las transformaciones al representar tal ó cual personaje; identificándose con ellos de tal manera que produzca en los espectadores la ilusión mas completa. Pero esto solo es dado conseguirlo á ciertos y determinados artistas, tales como la eminente trágica señora Ristori, el célebre barítono Giorgio Ronconi, y otros de esta categoría, entre los cuales debe ocupar un puesto distinguido la señora Penco.

Solamente así se comprende la perfecta habilidad de esta cantante para caracterizar con propiedad tantos y tan diversos tipos como óperas canta. Sin embargo, donde se hace mas notable esta especialidad de su talento es en la *Traviata*. ¿Quién conocerá en la Violeta que nos presenta la señora Penco, á la celosa sacerdotisa druida, á la vengativa Lucrecia, á la apasionada Leonor?

Desde el momento de comenzar la acción, la hemos encontrado ya completamente en situación; llena de todos los encantos de que se rodea una mujer de mundo y dominando en todos sus movimientos y hasta en la expresión de su semblante, la mas refinada coquetería. En el brindis, y en el dúo con Alfredo se vé á la joven de vida licenciosa cuyo único ídolo es el placer, que al escuchar de boca de su amante la declaración de su amor, sentimiento desconocido hasta entonces para ella, prorrumpe en estrepitosas y alegres carcajadas: es imposible imitar la verdad con colores mas vivos. En el andante del ária llega su voz á nuestro oído impregnada de la mas tierna melancolía, y es que en aquellas notas se exhala el primer perfume de la flor, el primer latido de un corazón virgen donde ha brotado la llama de un amor tan ardiente como desventurado. En la *cavaletta* hace gala de su brillante ejecución, dando notable realce á todas las frases musicales con la mayor oportunidad y acierto.

En el segundo acto tiene detalles magníficos que han pasado indudablemente desapercibidos para el pú-

blico, puesto que hemos visto con sorpresa que no han sido aplaudidos como debieran; y aquí nos parece oportuno lamentar que no se escuchen mas aplausos espontáneos que los arrancados por una nota aguda, bien sea de un tenor, de un barítono ó de una tiple; cuando en tantas situaciones, una mirada, un gesto, la manera de decir una frase, revelan el artista de genio y ponen á prueba á un público inteligente.

En el dúo con Germont, cantado magistralmente, merece especial mención la frase «*Qual figlia m'abbracciate*» y el período musical «*Morró! la mia memoria*»...

En la escena siguiente, en la manera de escribir la carta y en la angustia que se pinta en su rostro, bañado en lágrimas, se revela la gran artista, pero mas aun desde la entrada de Alfredo: no encontramos palabras que espresen suficientemente el efecto que produjo en nuestra alma la frase «*Amami Alfredo quanto io t'amo*»; no es posible pedir mas pasión, mas verdad en una *prima donna*, pero si podríamos desear mas entusiasmo en un público.

En la gran escena y final del tercer acto dió pruebas inequívocas de ser una actriz consumada y una perfecta cantante. En el cuarto estuvo verdaderamente sublime, dando muestras de sus grandes conocimientos escénicos y de su conciencia artística hasta en la manera de vestir, pues es la única vez que lo hemos visto con propiedad. En el ária «*addio del passato*» nos hizo olvidar lo vulgar de la melodía con su inmejorable escuela de canto y esa perfecta vocalización que tan característica es en la señora Penco. En el dúo con Alfredo está sublime en las frases de *slancio* con especialidad en la primera de la *cavaletta*.

Pero donde mas nos ha llamado la atención como actriz ha sido en la muerte; ya la habíamos admirado en la Leonora del *Trovador* cuya muerte violenta representada con admirable propiedad, produce una sensación profunda; por eso esperábamos con ansia la escena final de la *Traviata* y, con efecto, nuestras esperanzas no salieron fallidas; la muerte de Violeta tal como la ejecuta la señora Penco, es la verdad arrancada á la naturaleza, es la perfección del arte, es, en fin, la dulce agonía de una consunta, el tránsito de un alma purificada por el dolor, que se desprende suavemente de la materia para volar á la celestial morada.

Nuestra tarea está terminada; sin embargo, antes de concluir de una vez, queremos decir dos palabras acerca del señor Nicolini y del señor Farvaro que tomaron parte en la ejecución de esta obra. Al señor Nicolini lo encontramos frío en todo el curso de la representación y solamente lo vimos salir de su censurable apatía en el final del tercer acto, donde á pesar de todo no nos satisfizo completamente; porque si bien hace gala en el de sus notas agudas, que como hemos dicho en otro artículo son bellísimas, lo encontramos falto de acentuación y verdad dramática, así como cantante cuanto como actor.

El señor Farvaro hizo cuanto pudo en la parte de Germont; pero indudablemente está á mucha mas altura en el *Rigoletto*.

En nuestra próxima revista nos ocuparemos detenidamente de la ópera del maestro Bonetti, titulada *Juana Shore*.

I. Hernandez,

## MESA REVUELTA.

Háganme ustedes el favor de explicarme el siguiente logogrifo:

Segun el crítico musical de *El Comercio*, la segunda representacion de *El Trovador* estuvo algo endeble, por lo cual colige con su perspicuidad admirable, que los cantantes habian concurrido á la corrida de toros, lo cual no censura, sino antes bien, le regocija el alma, y le complace y baña en agua de rosas.

Añade á renglon seguido que los aplausos fueron escasos, y, ya lanzado en el vago terreno de las conjeturas, presume que esto reconoceria por causa el haber asistido los espectadores á la corrida de toros.

De modo que la ópera no salió bien, porque no es posible que un cantante que va á los toros haga despues cosa alguna de provecho; pero, sin embargo es de creer que el público la hubiera aplaudido, á no haber estado tambien en los toros los espectadores.

Consecuencia primera: una corrida de toros quita la voz y hace olvidar el arte del canto.

Consecuencia segunda: para aplaudir á un cantante se necesita estar descansado y, sobre todo, no haber ido á los toros.

Consecuencia tercera: aunque la ópera no salga bien, será indefectiblemente mas aplaudida, siempre que el auditorio no haya estado en los toros. Por el contrario, aunque canten en la escena los ángeles del paraíso, como por la tarde haya habido fiesta taurina, se agrió la fiesta.

Esto se llama filosofía.

**En la capital del Indostan ha tenido lugar un hecho que comprueba hasta qué punto van adquiriendo prosélitos ciertas doctrinas en materia de crítica.**

Representábase la *Sonámbula*, estando encargada del papel de Amina una jóven cantante de prodigiosas facultades y maestría en el difícil arte del canto.

El público la aplaudía con frenesí; pero quiso la mala ventura de la artista que un crítico descubriese su fé de bautismo, por la cual vino á averiguarse que la cantante tenia veinticuatro años, dos meses y seis dias. La protagonista de la obra debia tener menos edad.

*En la lucha de la naturaleza con el arte* venció la naturaleza, y desde entonces no hubo persona alguna que se atreviese á aplaudir á una *Sonámbula* de veinticuatro años, dos meses y seis dias.

Andense los artistas en juegos con la naturaleza.

**La señora Penco ha estado verdaderamente admirable en el último acto de *La Traviata*.** Sin embargo, el crítico consabido dice que en él decayó mucho la ejecucion. ¿Por qué?

Una sola razon presenta, y no hay duda de que es poderosísima. Héla aquí:

Cuando el crítico vió anunciada esa ópera empezó á sentir alguna curiosidad por ver cómo podria la eminente artista vencer el obstáculo que la naturaleza ha puesto en su arrogante figura; ó, en términos mas claros, cómo podria adelgazar. La cosa le pareció difícil; pero, sin embargo, con una buena fé digna de la edad de oro, quiso aguardar á la representacion para ver si la señora Penco habia inventado algun procedimiento *ad hoc*.

Pero, -desengaño cruel!- la insigne artista no logró cambiar su complexion y el resultado vino á presentar

una prueba de la perspicacia con que el crítico lo habia adivinado.

Ahora bien: si la señora Penco no habia adelgazado, ¿podia decirse que cantó bien el último acto? Despues de maduras reflexiones el crítico ha decidido que no.

Ya lo saben ustedes: para cantar bien el último acto de la *Traviata* es preciso que la *prima donna* esté delgadita, muy delgadita, mientras mas delgadita mejor.

Este principio de critica facilita mucho el análisis de la ejecucion de una obra.

Por ejemplo: se pone en escena *Jiuletta é Romeo*. No tenemos que detenernos en averiguar si la contralto es buena ó mala cantante; con decir que no ha podido vencer á la naturaleza, estamos fuera del paso. Romeo era varon.

Despues de esto, solo nos queda dar gracias á Dios por no haber ahora corridas de toros, pues si, además de no haber adelgazado, llega á ir la señora Penco á una corrida de toros, ¿qué hubiera sido de esta eminente artista en la ejecucion de *La Traviata*?

**El crítico de «El Comercio» es un ingrato.**

Lamenta y echa de menos la presencia de un *hechicero* en las representaciones de *La Traviata* y ¿á quién sino á ese hechicero deberá probablemente el placer de haber oido al Sr. Nicolini cantar en el primer acto una cancion que no canta ni existe en la partitura?

Oh ingratitud!

**Y dice el crítico.**

«...es el amor, el verdadero amor que empieza á germinar en la que hasta entonces habia abusado de este sagrado afecto.»

Si empezaba á germinar, mal podia antes haber abusado de él.

Usted habrá querido decir «en la que hasta entonces no lo habia conocido.»

Y por qué no lo ha dicho?

**Tres veces se ha cantado «Giulietta é Romeo»**, cuya ejecucion deja bastante que desear, quizás mas que por nada, por la falta de ensayos; pues tenemos entendido que ninguno de los artistas que han tomado parte en ella, habian ejecutado esta obra. Aparte de esto, las condiciones musicales del papel de *Romeo* no se adaptan á las cualidades especiales de la señora Flori; razon por la cual le hemos notado en ciertos pasages falta de aliento, precisamente en aquellos que necesitan mas fuerza y energía, tales como en la cavaletta del aria de salida y en el duo del segundo acto con el tenor. Tuvo sin embargo algunos momentos felices en que fué aplaudida con justicia.

La señora Sonieri nos cantó una *Julietta* como nos ha cantado una *Lucia*, una *Elvira* y una *Martha*, por, lo tanto nos abstenemos de emitir nuestro juicio.

El señor Tombesi nos agradó mucho en su cavatina de salida, que indudablemente es de lo mejor que ha cantado en la presente temporada, habiendo sido bastante aplaudido en todas las representaciones.

Del señor Rodas no podemos decir nada por la escasa importancia de su papel.

EDITOR RESPONSABLE:  
**JOSÉ MARÍA RUIZ.**

**CADIZ 1864.**

**Ilustracion Gaditana, San Muel, 18.**